

Boris Vian
Escupiré sobre vuestra tumba

NOTA DE LECTURA PARA NADADORES

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: Notas de lectura, Nadadores,
Fecha de Publicación: 05/10/2025 y 21/01/2026
Número de páginas: 10
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

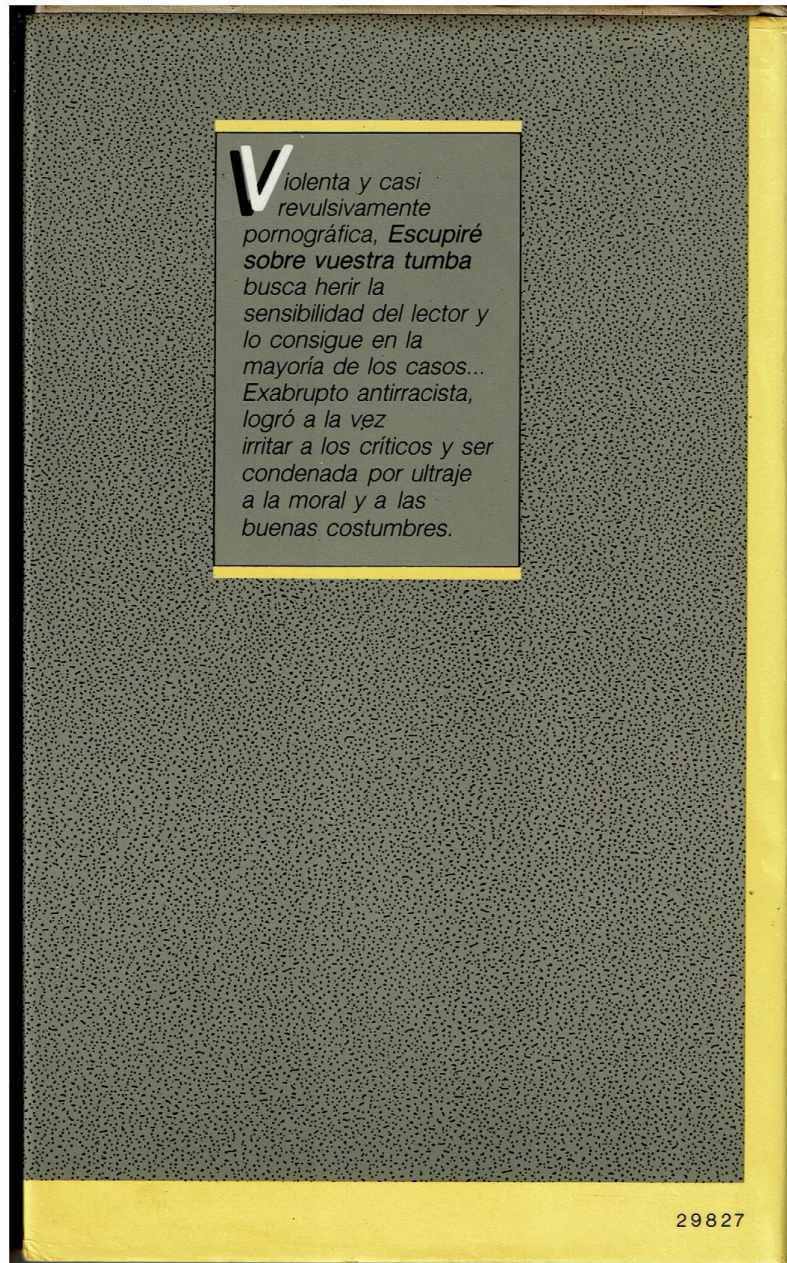
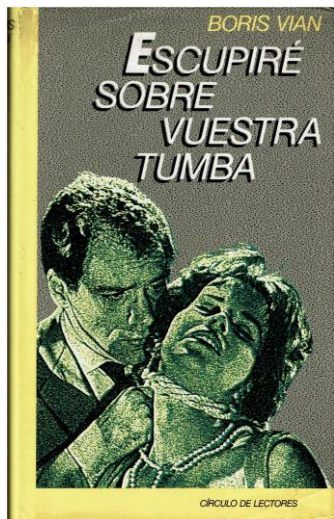
El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del
Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS), bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

Boris Vian: Escupiré sobre vuestra tumba

Traducción de Jordi Martí Garcés.

Barcelona, 1989, Círculo de Lectores



Violenta y casi
revulsivamente
pornográfica, *Escupiré
sobre vuestra tumba*
busca herir la
sensibilidad del lector y
lo consigue en la
mayoría de los casos...
Exabrupto antirracista,
logró a la vez
irritar a los críticos y ser
condenada por ultraje
a la moral y a las
buenas costumbres.

29827

Un joven Boris Vian (1920-1959) de 26 años logró con esta novela, que atribuye a un joven negro americano, un éxito casi inmediato a la vez que un escándalo literario también inmediato y mayúsculo cuando la publicó en 1946. Un elegante y brutal alegato antirracista, de lectura ligera y ritmo bastante trepidante, singular tragedia contemporánea; con perfiles pornográficos, proclama antiburguesa y literatura vista como literatura maldita.

Lee Anderson es el joven veinteañero de familia mestiza o negra, pero que puede pasar perfectamente por un chico blanco por su apariencia física, se va a vivir a una ciudad donde nadie le conoce, después de que unos blancos asesinasen a su hermano menor en un crimen racista terrible y que le ha dejado a él mismo muy tocado, traumatizado. En esa ciudad encuentra un empleo enseguida, en una librería, y pronto también conocerá a una pandilla de jóvenes alegres y desinhibidos con los que parece rehacer su vida, de alguna manera, gracias a su carácter echado para adelante y a dominar la guitarra y el blues. Entre sus diversiones favoritas está el irse al río, a unos lugares apartados y tranquilos, a bañarse y retozar por sus riberas, en unas idílicas jornadas en las que su éxito entre aquella pandilla de jóvenes se consolida.

HACER EL AMOR NADANDO A LO MUERTO

Un texto amplio que sigue, del final del capítulo II, es significativo del tono jocoso de la primera parte de la novela (pp.28-31):

...Dick había cogido la guitarra e iba el primero. Le seguí, animoso. Había un estrecho paso bajo las ramas y se descubría de golpe el río, fresco y transparente como un vaso de gin. El sol estaba bajo, pero hacía aún un calor intenso. Una parte del agua se estremecía a la sombra; la otra reverberaba débilmente a los rayos oblicuos del sol. Una hierba espesa, seca y polvorienta, descendía hasta el agua.

-No está mal el rincón – concedí –. ¿Lo habéis encontrado solitos?

-No somos tontos del todo – dijo Jicky.

Y me lanzó un gran terrón de tierra seca, que me alcanzó en el cuello.

-O te portas bien – la amenacé –, o se acabó lo que se daba.

Di unos golpecitos al bolsillo de mi chaqueta para acentuar el efecto de mis palabras.

-¡Oh! No se enfade usted, viejo cantor de blues – se excusó –. Demuéstrenos más bien lo que sabe usted hacer.

-¿Y mi bañador? – le pregunté a Dick.

-Qué más da – me replicó –. No hay nadie.

Me volví. Judy ya se había sacado el suéter. Evidentemente, no llevaba gran cosa debajo. Su falda se deslizó a lo largo de sus piernas, y, en un abrir y cerrar de ojos, hizo volar por los aires zapatos y calcetines. Se tendió en la hierba completamente desnuda. Debí poner cara de estúpido, porque se rió de mí con tantas ganas que estuve a punto de no poder contenerme. Dick y Jicky, en el mismo atuendo, se dejaron caer a su lado. Para colmo del ridículo, era yo el que parecía turbado. Observé, sin embargo, la delgadez del chico, cuyas costillas se marcaban bajo su piel bronceada.

-Está bien – dije por fin –, no veo por qué tendría que hacerme el estrecho.

Me tomé mi tiempo con toda la intención. Sé lo que valgo en pelotas, y os aseguro que tuvieron ocasión de darse cuenta mientras me desnudaba. Hice crujir mis costillas desperezándome con fuerza, y me senté junto a ellos. No me había recuperado aún de mis escaramuzas con Jicky, pero no hice nada por disimularlo. Supongo que esperaban que me rajara.

Empuñé la guitarra. Era una excelente Ediphone. Pero no es muy cómodo tocar sentado en el suelo, así que le dije a Dick:

-¿Te importa que me traiga el asiento del coche?

-Voy contigo -dijo Dicky.

Y se escabulló como una anguila por entre las ramas.

Me hizo un curioso efecto, ver aquel cuerpo de adolescente, bajo aquella cabeza de starlette, rodeado por las sombras de los arbustos. Dejé la guitarra y la seguí. Me llevaba ventaja, y cuando llegué al coche, ella ya volvía cargada con el pesado asiento de cuero.

-¡Dame eso! – le dije.

-¡Déjame tranquila, Tarzán! – gritó.

Hice caso omiso de sus protestas, y la agarré por detrás con brutalidad. Soltó el asiento y se dejó hacer. Yo me habría tirado hasta una mona. Debí de darse cuenta, porque empezó a revolverse con todas sus fuerzas. Me eché a reír. Me gustaba. Allí la hierba era alta, y mullida como una colchoneta hinchable. Se deslizó al suelo y yo la seguí. Luchábamos como salvajes. Estaba bronceada hasta la punta de los senos, sin esas marcas de sostén que tanto afean a las mujeres desnudas. Y tersa como un albaricoque, desnuda como una niña, pero cuando conseguí tenerla debajo de mí, me di cuenta de que sabía mucho más que una niña. Hacía meses que no me daban una demostración tal de técnica. Mis dedos sentían su espalda, lisa y luego cóncava, y, más abajo, sus nalgas, firmes como sandías. No duró ni diez minutos. Simuló que se dormía, y en el momento en que yo me disponía a emplearme a fondo, me abandonó como a un fardo y huyó delante de mí, hacia el río. Recogí el asiento y corrí tras ella. Al borde del agua, tomó impulso, y se zambulló sin salpicaduras.

-¿Ya os estáis bañando?

Era la voz de Judy. Tendida de espaldas, cubriéndose la cara con las manos, mascaba una ramita de sauce. Dick, abandonado a su lado, le acariciaba los muslos. Había una botella tirada por el suelo. Judy advirtió mi mirada.

-Sí..., está vacía... - se rió -. Os hemos dejado la otra.

Jicky chapoteaba, al otro lado del agua. Busqué en mi chaqueta y cogí la otra botella, y luego me zambullí. El agua estaba tibia. Me sentía maravillosamente en forma. Me lancé en un sprint mortal y alcancé a Jicky en el centro del río. Había unos dos metros de fondo y una corriente casi inapreciable.

-¿Tienes sed? – le pregunté, batiendo el agua con una sola mano para mantenerme a flote.

-¡Y que lo digas! – me aseguró –. Me has destrozado, con tus modos de campeón de rodeo.

-Ven – le dije –. Haz el muerto.

Se dejó ir sobre la espalda, y yo me deslicé bajo ella, con un brazo a través de su torso. Le tendí la botella con la otra mano. Cuando fue a cogerla, dejé que mis dedos se deslizaran a lo largo de sus muslos. Separé suavemente sus piernas y la tomé, otra vez, en el agua. Se abandonaba encima de mí. Estábamos casi de pie, y nos movíamos lo justo para no irnos a pique.

Vida dionisiaca, tal vez arcádica y feliz, a la orilla de un río al atardecer de un verano, felicidad retozona tal vez, la juventud y el deseo satisfecho, el amor en el agua... Pero muy pronto eso iba a significar bien poco para un Lee Anderson ahído de alcohol y sexo, y en el que se despertaba con fuerza su viejo fantasma de la necesidad de venganza por su hermano pequeño muerto de forma terrible por haber amado a una muchacha blanca.

Un amigo de la pandilla, Dexter, una especie de oveja negra de una familia de la alta burguesía local, le presentó a dos bellas muchachas, Jean y Lou, de otra familia adinerada, a las que consiguió enamorar y sobre las que planeó una venganza que se le presentó como obsesión dominante. Toda la segunda mitad de la novela tenderá hacia ello, tragedia neurótica, catárquica y brutal.

MUERTE NADANDO EN SANGRE

El Vian que en 1946 escandalizó a la burguesía francesa, sin duda que está relacionado con estos episodios brutales que consideraron pornografía y, sin duda, si no lucha de clases llevada a su paroxismo, violencia antirracista que desbordaba todos los límites imaginables, aunque fuera consecuencia de la violencia racista más escandalosa también, y después de una guerra cuya violencia sin duda había sobrepasado, a su vez, todos los límites imaginables de la violencia. Así, el asesinato convertido en espectáculo orgiástico se convierte en botón de una muestra nunca mejor dicho que indecente... (cap. XVIII, p.150).

La abofeteé de muerte. Había abierto los ojos de nuevo. Empezaba a clarear y se los veía brillar de lágrimas y de rabia. Me incliné hacia ella; creo que relinchaba como una especie de bestia, y ella se puso a chillar.

Le mordí de lleno en la entrepierna. Me quedé la boca llena de sus pelitos negros y duros; aflojé un poco y volví a empezar más abajo, donde era más tierno. Nadaba en su perfume, hasta allí llegaba, y apreté los dientes. Intenté taparle la boca con la mano, pero chillaba como un cerdo, con unos gritos que ponían la carne de gallina. Entonces apreté los dientes con todas mis fuerzas y me metí hasta el fondo. La sangre meaba en mi boca y ella se retorció a pesar de las cuerdas. Yo tenía la cara llena de sangre y me eché un poco hacia atrás, hasta quedar de rodillas. En mi vida había oído a una mujer chillar así; de repente, me di cuenta de que me corría en los calzoncillos; fue una sacudida como no la había sentido nunca, pero tuve miedo de que viniera alguien. Encendí una cerilla y vi que sangraba a chorros. Entonces me puse a golpearla, al principio solo con el puño derecho, en la mandíbula, oía cómo se le iban quebrando los dientes y seguía golpeando, quería que dejara de gritar. Pegué más fuerte y luego recogí su falda, se la metí en la boca y me senté sobre su cabeza. Se revolvía como una lombriz. Nunca había imaginado que tuviera tanto apego a la vida; hizo un movimiento tan violento que pensé que el antebrazo izquierdo se me desgajaba; me di cuenta de que estaba tan fuera de mí que la habría despellejado; entonces me levanté para rematarla a patadas y le puse el zapato en la garganta y me apoyé con todo mi peso. Cuando dejó de moverse sentí que me corría otra vez. Ahora me temblaban las rodillas, y tenía miedo de desvanecerme.

Escenas así justifican todo escándalo que se desatara con esta novela de Vian, pues ni una escena de guerra, por muy cruda que fuese, podía sonar así de dura y de sádica. Y es ahí en donde la metáfora del nadador, que en la primera escena podría sonar a casi idílica, aquí se convierte en imagen de sangre y de bestialidad.

Boris Vian murió joven, sin haber cumplido los cuarenta años, y su plena madurez no nos pudo ser conocida. Creo que por ello se queda en nuestro recuerdo como un eterno adolescente o un eterno joven veinteañero, como se muestra en esta novela, un texto truculento expulsado como un exabrupto o una maldición, de espontánea factura, de esas piezas que sin duda tienen un valor singular, impagable, aún con todos los reparos que se le puedan hacer.

He aquí la presentación que él mismo hace de su novela, novelada a su vez, tal vez como un mínimo escudo protector para tanta inmediatez creativa:

Prefacio

Hacia julio de 1946, Jean d'Halluin conoció a Sullivan, en una especie de reunión franco-americana. Dos días más tarde, Sullivan le entregaba su manuscrito.

En el entretanto, le contó que se consideraba más negro que blanco, pese a haber cruzado la frontera; como se sabe, varios millares de «negros» (considerados como tales por la ley) desaparecen todos los años de las listas de empadronamiento y se pasan al otro bando; su preferencia por los negros le inspiraba a Sullivan una especie de desprecio por los «buenos negros», por aquellos a los que los blancos, en las novelas, daban palmaditas cariñosas en la espalda. Opinaba que era posible imaginar, e incluso encontrar en la vida real, a negros tan «duros» como los blancos. Es lo que, por su parte, había intentado demostrar en la breve novela cuyos derechos exclusivos de publicación adquirió Jean d'Halluin tan pronto como se enteró, por su amigo, de su existencia. Sullivan no tenía el menor inconveniente en dejar su ma-

nuscrito en Francia, ya que los contactos que había establecido con diversos editores americanos le acababan de demostrar la futilidad de cualquier intento de publicar en su país.

Aquí, nuestros moralistas de siempre reprocharán a algunas de las páginas de esta obra su... realismo un poco subido de tono. A este respecto, nos parece interesante señalar las diferencias de fondo existentes entre tales páginas y las narraciones de Miller: mientras éste no vacila nunca en echar mano al vocabulario más crudo, la intención de Sullivan parece ser más bien la de sugerir por medio de giros y construcciones que la de recurrir a un lenguaje descarnado; visto así, se acerca a una tradición erótica más latina.

Por otra parte, es fácil advertir en las páginas siguientes la influencia extremadamente clara de Cain (aunque el autor no intente justificar, mediante artificio alguno, manuscrito o de otro tipo, el empleo de la primera persona, cuya necesidad proclama el citado escritor en el curioso prólogo a *Three of a kind*, colección de tres novelas cortas reunidas recientemente en América en un solo volumen y traducidas aquí por Sabine Berritz), y también la de los más modernos cultivadores de la literatura de horror, como Chase. En este aspecto, hay que reconocer que Sullivan se muestra mucho más sádico que sus ilustres predecesores; no es de extrañar que su obra haya sido rechazada en América: la habrían prohibido, sin ninguna duda, al día siguiente de su publicación. En cuanto al fondo propiamente dicho de la obra, es una manifestación de un afán de venganza en una

raza que, digan lo que digan, vive aún escarnecida y aterrorizada; es algo así como un intento de exorcizar el poder de los «verdaderos» blancos —intento comparable al de los hombres del Neolítico que pintaban bisontes heridos por las flechas para atraer a las presas a la trampa—, llevado a cabo con un desprecio más que considerable por la verosimilitud, y no exento de alguna que otra concesión al gusto del público.

Y es que ¡ay!, América, la tierra de Jauja, es también la tierra de elección de los puritanos, de los alcohólicos y del métetelo-bien-en-la-cabeza: y mientras en Francia nos esforzamos por lograr una mayor originalidad, al otro lado del Atlántico nadie siente el menor remordimiento por explotar sin escrúpulos una fórmula que ha dado ya probados resultados. A fe mía, es una manera como otra de dar el pego...

BORIS VIAN*

* Tal y como se consigna en el resumen biobibliográfico que aparece al final de este libro, *Escupiré sobre vuestra tumba* fue editada inicialmente bajo la firma de Vernon Sullivan, un supuesto negro estadounidense, y prologada por Boris Vian, su verdadero autor (*Nota de Círculo de Lectores*).

Y una nota más sobre el autor y la obra, de la misma editorial, del Círculo de Lectores, que tantos títulos de interés ofertó a los lectores españoles en su tiempo y tan buena labor editorial nos legó, con sus ediciones de limpia tipografía y buena encuadernación, como esta misma que nos sirve de base aquí para esta nota de lectura para Nadadores.

ESCUPIRÉ SOBRE VUESTRA TUMBA

Lee Anderson, un estadounidense de raza negra pero apariencia de blanco, decide vengar la muerte de uno de sus hermanos y la paliza recibida por el otro, ambas ejecutadas por racistas blancos.

El sobrecogedor plan de violencia física y sexual que trama y lleva a cabo con la minuciosidad del obseso ha sentado siempre como una fulminante patada en el estómago a quienes aceptan como «natural» que todo el mundo tiene algo de racista. Quizá ése sea el mayor mérito literario de *Escupiré sobre vuestra tumba*, el de haber agitado sin contemplaciones —y sólo con palabras— una gran cantidad de conciencias. Frente a ello, el haber importado definitivamente la novela negra de EE.UU. a Europa y haberse burlado a más y mejor de los críticos es una cuestión menor para el público en general, que no para los especialistas.

Significativamente, la historia de esta novela es casi otra novela. Publicada (1946) bajo pseudónimo, logró hacer creer en la autoría de un negro estadounidense, pese a que en su prólogo se deslizaban reveladoras pistas contra tal supuesto. Al cabo de un año, *Escupiré sobre vuestra tumba* se convirtió en un best-seller y al siguiente fue adaptada al teatro. En 1948, la «buena sociedad» francesa reaccionó como si en efecto hubiera recibido un escupitajo en lo más sagrado de sus cimientos: calificó esta novela de ultraje a la moral y a las buenas costumbres, junto con otra que Boris Vian también había publicado bajo el pseudónimo de Vernon Sullivan. Cuando en 1959 *Escupiré sobre vuestra tumba* estaba siendo adaptada al cine, el autor tuvo sus más y sus menos con los realizadores; el desagrado que llegó a causarle habría de resultarle totalmente funesto.

BORIS VIAN

Nació en Ville-d'Avray en 1920. Su temperamento artístico le llevó a la música —especialmente al jazz; fue trompetista y cantautor—; al espectáculo (teatro, ópera y cabaret) y a la escritura, en la que destacó como novelista y dramaturgo inconformista y algo maldito, en pleno auge del existencialismo francés. Practicó un estilo de ritmo insólitamente violento para crear relatos e imágenes de extrema tensión con un fondo revulsivo y antiburgués. Trabajó también como ingeniero industrial.

De su producción literaria, que a menudo firmó con varios pseudónimos (Bison Ravi, Hugo Hachebuisson, Vernon Sullivan), cabe destacar las novelas: *Escupiré sobre vuestra tumba* (1946), *Vercoquin y el plancton* (1947), *El otoño en París* (1947), *La espuma de los días* (1947), *La hierba roja* (1950), *El arrancacorazones* (1953); y la obra de teatro *La merienda de los generales*. Murió en París, en 1959, durante la proyección del film *Escupiré sobre vuestra tumba*, basado en su propia novela.



